

riales, vidas de dolor y de prueba, durante las cuales las almas son talladas, pulidas, preparadas lentamente, á fin de tomar sitio un día en el edificio de la vida superior, en la vida celeste. Esto es propiamente el símbolo de la reencarnación, cuya idea era admitida en el siglo III y difundida entre los cristianos.

Entre los Padres de la Iglesia, Orígenes es uno de los que se han pronunciado más elocuentemente en favor de la pluralidad de existencias. Y era grande su autoridad. San Jerónimo le considera, "después de los Apóstoles, como el gran maestro de la Iglesia; verdad, agrega, que sólo la ignorancia podría negar." San Jerónimo tenía tal admiración por Orígenes, que él cargaría, escribe, con todas las calumnias que han sido dirigidas contra aquél, con tal que pudiese tener, aun á ese precio, su profundo conocimiento de las Escrituras.

Orígenes, en su célebre obra *De los principios*, desarrolla los poderosos argumentos que muestran, en la preexistencia y supervivencia de las almas en otros cuerpos, y en la sucesión de las vidas, el correctivo necesario de la aparente desigualdad de las condiciones humanas; una compensación al mal físico como al mal moral que parecen reinar sobre el mundo, si no se admite más que una sola existencia terrestre para cada alma. Sin embargo, Orígenes yerra en un punto, al suponer que la unión del alma y el cuerpo sea siempre un castigo. Pierde de vista la necesidad de la educación de las almas y la laboriosa realización del progreso.

Una opinión errónea se ha deslizado entre otras, con motivo de las doctrinas de Orígenes en general, y de la pluralidad de las existencias en particular; doctrinas que se consideran como condenadas por el Concilio de Calcedonia, primero, y más tarde, por el quinto de Constantinopla. Ahora bien, remontándose á ciertas fuentes,¹ se reconocería que esos Concilios han rechazado, no la creencia en la pluralidad de vidas del alma,

¹ Véase Pezzani, *La pluralidad de las existencias*, ps. 187, 190.

sino simplemente la preexistencia, tal como la enseñaba Orígenes, es decir, en el sentido de afirmar que los hombres eran ángeles caídos, y que el punto de partida había sido para todos la naturaleza angélica.

En realidad, la cuestión de la pluralidad de las existencias del alma no ha sido jamás resuelta por los Concilios. Queda en pie en espera de las resoluciones de la Iglesia en el porvenir; y es este un punto que importa quede establecido.

Así como la ley de los renacimientos, la pluralidad de los mundos está indicada en el Evangelio en forma de parábola:

«Hay muchas moradas en la casa de mi Padre. Yo voy á preparararos el lugar, y después de que yo haya partido y os haya preparado el lugar, volveré y os atraeré á mí, á fin de que donde yo esté, estéis también vosotros.»..... (Juan, XIV, 2 y 3.)

La casa del Padre, es el cielo infinito; las moradas prometidas son los mundos que recorren el espacio, esferas de luz, junto á las cuales nuestra Tierra no es más que un planeta oscuro y mezquino. Hacia esos mundos guiará Jesús á las almas que se adhieran á él y á su doctrina. Le son familiares, y él sabrá prepararnos allí un lugar conforme á nuestros méritos.

Orígenes comenta estas palabras en términos precisos:

«El Señor alude á las diferentes estancias que las almas deben ocupar, después de que han sido despojadas de sus cuerpos actuales y se han revestido de otros nuevos.»

V

RELACIONES CON LOS ESPIRITUS DE LOS MUERTOS.

Los primeros cristianos comunicaban con los espíritus de los muertos, y recibían de ellos enseñanzas. Es imposible dudar esto, puesto que los testimonios abundan. Tales testimonios surgen de los mismos textos de los libros canónicos, textos que han podido escapar, sin saberse cómo, á las vicisitudes de los tiempos.

pos, y cuya autenticidad es tanto menos dudosa para nosotros, cuanto que están en flagrante oposición con las actuales miras de la Iglesia.¹ Tales textos han prevalecido, sin duda porque no han sido comprendidos.

Todo el cristianismo se apoya en hechos de aparición y manifestación de los muertos. Proporciona innumerables pruebas de la existencia del mundo invisible y de las almas que lo pueblan.

Dichas pruebas abundan igualmente en el antiguo y en el nuevo Testamento. En uno y otro se encontrará el relato de apariciones de ángeles;² de las de espíritus justos; advertencias y revelaciones dadas por las almas de los muertos; el don de profecía³ y el don de curar.⁴ En el nuevo Testamento se encontrarán también las apariciones de Jesús mismo, después de su suplicio y de su sepultura.

La existencia del Cristo había sido una comunión constante con el mundo invisible. El hijo de María estaba dotado de facultades que le permitían conversar con los Espíritus. Muchas veces éstos se hacían visibles á su lado. Sus discípulos le vieron sorprendidos conversar un día con Moisés y Elías en el Tabor.⁵

En los momentos difíciles, cuando alguna pregunta le embaraza, como en el caso de la mujer adúltera, evoca las almas superiores, y su dedo traza en la arena la respuesta, como el medium de nuestros días, movido por una fuerza extraña, traza caracteres en la pizarra.

Éstos hechos son conocidos, relatados; pero muchos otros, relativos al comercio continuo de Jesús con lo invisible, han

¹ Véase al fin del volumen la nota número 6.

² El verdadero sentido de la palabra en hebreo es *mensajero*.

³ El don de profecía no consistía solamente en predecir el porvenir, sino, de una manera más extensa, en hablar y dar enseñanzas bajo la influencia de los espíritus.

⁴ Para lo relativo al conjunto de estos fenómenos, véase al fin de este volumen la nota complementaria número 7, sobre *los hechos espiritas en la Biblia*.

⁵ Jesús había elegido sus discípulos, no entre los hombres instruídos, sino entre los sensitivos, dotados de facultades medianímicas.

quedado ignorados de los hombres, aun de aquellos que le rodeaban.

Las relaciones del Cristo con el mundo de los Espíritus se afirman por el apoyo constante que aquel enviado divino ha recibido del más allá.

Muchas veces, á pesar de su valor, á pesar de la abnegación que inspiran sus actos, turbado por la grandeza de su tarea, eleva su alma hacia Dios; ruega, implora nuevas fuerzas, y es oído y auxiliado. Un soplo poderoso pasa por su frente; bajo un impulso irresistible, reproduce los pensamientos sugeridos; se siente socorrido, confortado.

En horas de soledad, sus ojos distinguen letras de fuego que trazan las voluntades de lo alto; voces que hieren sus oídos traen la respuesta á sus ardientes preces. Es la transmisión directa de las enseñanzas que debe difundir, de los preceptos regeneradores para cuya propagación ha venido á la tierra. Las vibraciones del pensamiento supremo que anima al Universo son sensibles para él; ellas le inculcan aquellos principios eternos que difundirá y que jamás se borrarán de la memoria de los hombres. Percibe acentos celestes, y sus labios repiten las palabras oídas; revelación sublime, misterio aún para muchos seres humanos, mas para él, confirmación absoluta de aquella protección constante y de las intuiciones que le llegan de los mundos superiores.

Y, cuando esta noble misión fué cumplida, cuando el sacrificio fué consumado, y Jesús puesto en la cruz, después colocado en una tumba, su espíritu se revela con nuevas manifestaciones. Aquella alma poderosa que ninguna tumba podía retener, se aparece á aquellos que había dejado en la tierra tristes, abatidos, desalentados. Les dice que la muerte es nada.

¹ Estos detalles, que quizá admirarán al lector, no son producto de nuestra imaginación. Nos han sido comunicados por un Espíritu elevado, cuya vida ha sido unida á la de Jesús. Lo mismo pasa con otros muchos casos expuestos en esta obra.

Con su presencia, les vuelve la energía, la fuerza moral necesarias para cumplir la misión confiada.

Las apariciones del Cristo son conocidas; han tenido numerosos testimonios. Jesús aparece y desaparece instantáneamente; cambia de forma y de apariencia; penetra en una habitación, cerradas las puertas. En Emaüs conversa con dos de sus apóstoles que no le reconocen; después desaparece de repente. Está en posesión de ese cuerpo fluidico, etéreo, que se encuentra en cada uno de nosotros, de ese cuerpo sutil, que es la envoltura inseparable de cada alma, y que un Espíritu elevado como el suyo, sabe dirigir, modificar, condensar, y rarificar á voluntad.¹ Lo condensa de tal manera que se hace visible y tangible para los asistentes.

Las apariciones de Jesús después de su muerte son la base, el punto vital de la doctrina cristiana, y por esto San Pablo ha dicho: «*Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es vana.*» En el cristianismo, la inmortalidad no es una esperanza, es un hecho natural, un hecho apoyado en el testimonio de los sentidos. Los apóstoles no solamente creían en la resurrección, estaban seguros de ella.

Hé aquí por qué su predicación tomaba ese estilo fervoroso y penetrante que inspira una ardiente convicción. Con el suplicio de Jesús el cristianismo fué herido en el corazón. Los discípulos, consternados, estaban prestos á dispersarse. Mas el Cristo se les apareció, y su fe en él se hizo tan profunda que, por confesarla, sufrieron todos los tormentos. Las apariciones del Cristo después de su muerte aseguraron la persistencia de la idea cristiana, dándole por fundamento un conjunto de hechos.

Verdad es que los hombres han interpretado mal tales fenómenos, atribuyéndoles un carácter milagroso. El milagro es una derogación de las leyes eternas, establecidas por Dios, y sería indigno del poder supremo salirse de su propia naturaleza y variar sus decretos.

¹ Véase la nota número 9, que trata del *Periespíritu* ó cuerpo fluidico.

Según la Iglesia, Jesús resucitó con su cuerpo carnal. Esto es contrario al texto primitivo del Evangelio. Apariciones repentinas con cambio de forma verificándose en lugares cerrados, no pueden ser más que manifestaciones espíritas, fluidicas y naturales. Jesús resucitó como resucitaremos todos, cuando nuestro espíritu abandone su prisión de carne.

En Marcos, en Mateo y en el relato de Pablo (1^a Cor., XV.) estas apariciones se describen de la manera más concisa. Según Pablo, el cuerpo de Cristo es incorruptible; no tiene carne ni sangre. Esta opinión tuvo origen en la más antigua tradición. Más tarde fué cuando se habló de materialidad, por Lucas. El relato se complica entonces, adornándolo con detalles maravillosos, con el fin evidente de impresionar al lector.¹ Tal manera de ver, como en general toda la teoría del milagro, resulta de una falsa interpretación de las leyes del Universo. Lo mismo sucede con la idea de lo sobrenatural, que corresponde á una concepción insuficiente del orden del mundo y de las reglas de la vida. En realidad, nada hay fuera de la naturaleza, la cual es obra divina en su majestuoso desarrollo. El error del hombre proviene de la idea estrecha que concibe de la naturaleza y de las formas de la vida, limitadas para él al círculo trazado por sus sentidos; y es bien sabido que éstos no abarcan más que una porción muy limitada del imperio de las cosas. Más allá de los límites que nos marcan, la vida se desenvuelve con ricos y múltiples aspectos, con formas sutiles, quíntesenciadas, que se gradúan, se multiplican y se renuevan á lo infinito.

A ese dominio de lo invisible pertenece el mundo fluidico; está poblado por los espíritus de los hombres que han habitado la tierra y se han despojado de su grosera envoltura. Subsisten bajo esa forma sutil de que acabamos de hablar, for-

¹ Clemente de Alejandría refiere una tradición que circulaba en su tiempo, según la cual Juan había hundido su mano en el cuerpo de Jesús, pasándola á través de él sin haber encontrado resistencia. (*Jesús de Nazareth*, por Alberto Reville, volumen 2^o Nota de la pág. 470.)

ma aún material, aunque etérea, pues la materia tiene muchos estados que no nos son conocidos. Tal forma es la imagen, ó más bien el *canevá* de los cuerpos carnales que dichos espíritus han animado en sus vidas sucesivas. Aquéllos desaparecen, pero ella permanece, como el espíritu de que es el organismo indestructible.

Los Espíritus ocupan situaciones varias con relación á su grado de elevación moral. Su irradiación, su luz, su potencia, son tanto más grandes, cuanto más alto han ascendido en la escala de las virtudes, de las perfecciones, y han servido con mayor abnegación á la causa del bien y de la humanidad. Tales son esos séres ó Espíritus que se manifiestan en todas las épocas de la historia, y en todos los medios por intervención de individuos especialmente dotados, que, según los tiempos, se llaman adivinos, sibilas, profetas ó mediums.

Las apariciones que marcan los primeros tiempos del cristianismo, como las épocas bíblicas más remotas, no son fenómenos aislados, sino la manifestación de una ley universal, eterna, que ha regulado siempre las relaciones entre los habitantes de dos mundos, el mundo de la materia grosera, al cual pertenecemos, y el mundo fluidico, invisible, poblado por los espíritus de aquellos que tan impropriamente llamamos los muertos.

El estudio de este orden de manifestaciones por la ciencia, es de época reciente. Merced á las observaciones de numerosos sabios, la existencia del mundo de los Espíritus ha sido comprobada de una manera positiva, y han sido determinadas con cierta precisión las leyes que lo rigen.

Se ha podido reconocer la presencia de un doble fluidico en cada sér humano sobreviviendo después de la muerte, y en este doble fluidico se ha reconocido la envoltura imperecedera del espíritu. Este doble fluidico, que se separa durante el sueño y el éxtasis, que se transporta y obra á distancia durante la vida, se convierte, después de la definitiva separación del cuer-

po carnal, y de una manera más completa, en el fiel servidor y en el centro de las fuerzas activas del espíritu.

Por medio de esta envoltura fluidica el espíritu preside las manifestaciones de ultratumba, que no son un secreto para nadie, después que comisiones científicas han estudiado sus múltiples aspectos, hasta pesar y fotografiar los Espíritus, como lo han hecho W. Crookes con el espíritu de Katie King, Russell Wallace y Aksakof con los de Abdullah y de John King.¹

De esta manera tales fenómenos, extraños sin duda, poco estudiados hasta ahora, pero perfectamente naturales, puesto que son producidos por los Espíritus, es decir, por séres semejantes á nosotros en su principio esencial de vida, han entrado poco á poco en el dominio de la observación y han pasado al orden de los hechos establecidos.

Durante mucho tiempo, los hombres no han visto en esto más que hechos milagrosos, verificados por Dios mismo ó por sus ángeles, opinión mantenida cuidadosamente por los sacerdotes, á fin de herir la imaginación de las masas y de hacerlas más dóciles á su poder.

Encontramos en las Escrituras frecuentes ejemplos del desprecio de que tales fenómenos han sido objeto. En Pathmos, Juan ve aparecer un genio que quiere desde luego adorar, pero éste le afirma que es el espíritu de uno de los profetas sus hermanos. En este caso, el error ha sido disipado; el Espíritu ha dado á conocer su personalidad; ¿en cuántos otros casos no ha pasado lo mismo, con relación á la persistencia de dicho desprecio? Igual cosa sucede con la intervención de los ángeles citada tan frecuentemente en la Biblia. Necesario es ponerse en guardia contra las pretensiones de los judíos y de los cristianos en atribuir á Dios y á sus ángeles fenómenos producidos por los espíritus de los muertos, y sobre los cuales to-

¹ W. Crookes, *Investigaciones sobre los fenómenos espíritas*; Russel Wallace, *El Espiritualismo Moderno*; Aksakof, *Animismo y Espiritismo*.

ca á nuestra época hacer la luz, colocándolos en el orden que les corresponde.

En la época de Jesús la creencia en la inmortalidad estaba debilitada. Los judíos estaban divididos respecto de la creencia en la vida futura. Los escépticos saduceos aumentaban en número y en influencia. Jesús viene; abre más amplias vías que comunican el mundo terrestre con el mundo espiritual; aproxima los invisibles á los humanos á tal punto, que pueden entenderse de nuevo. Su mano poderosa levanta el velo de la muerte, y, en el seno de la sombra, las visiones aparecen; en medio del silencio las voces déjanse oír; y esas visiones y esas voces vienen á afirmar al hombre la inmortalidad de su vida.

Así pues, el cristianismo primitivo tiene el carácter peculiar de haber aproximado las dos humanidades, terrestre y celeste; y ha hecho más intensas las relaciones entre el mundo visible y el invisible. En efecto, en cada grupo cristiano, como actualmente en cada grupo espírita, se practicaban evocaciones, se tenían *mediums* parlantes, inspirados, de efectos físicos, como lo manifiesta San Pablo en el capítulo XII de su primera epístola á los corintios.

Entonces, como ahora, ciertos sujetos poseían el don de profecía, el de curar, etc.

En el capítulo citado, San Pablo habla también del cuerpo espiritual, imponderable, incorruptible.

«El hombre está puesto en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual; á la vez que tiene un cuerpo animal, tiene también un cuerpo espiritual.» (I. Cor. XV, 44.)

La aparición de Jesús en el camino de Damasco fué fenómeno espírita, que hizo que San Pablo se convirtiera al cristianismo. Pablo no había conocido al Cristo; y él mismo nos dice que tomaba inspiraciones de sus ocultas relaciones con el hijo de María.

San Pablo no fué solamente asistido por los espíritus de luz de que era intérprete, el *porta-palabras*.¹ Los espíritus inferiores le obsesaban muchas veces, y él debía resistir á su influencia. Así es como en todos los medios, para la educación del hombre y el desarrollo de su razón, se mezclan la luz y la sombra, el error y la verdad. Lo mismo acontece en el dominio del espiritismo moderno, donde se registran todo orden de manifestaciones, desde los mensajes de carácter más elevado, hasta los groseros fenómenos realizados por los espíritus atraídos. Pero aun éstos tienen su utilidad, como elementos de observación y como casos de identidad que proporcionan á la ciencia.

San Pablo conocía estas cosas. Instruido por la experiencia, recomendaba á sus hermanos los profetas² que se cuidaran de caer en tales embustes. Y añadía como consecuencia: «*Los espíritus de los profetas están sometidos á los profetas*» (I. Corint., XIV, 32), es decir, que es necesario no aceptar ciegamente las instrucciones de los espíritus, sin someterlas al análisis de la razón.

En el mismo sentido decía San Juan:

«Mis bien amados, no creais á todo espíritu, mas comprobad si los espíritus son de Dios.» (I. Epis., IV, 1.)

Los *Hechos de los Apóstoles* proporcionan numerosas indicaciones referentes á las relaciones de los discípulos de Jesús con el mundo invisible. Se ve de qué manera, siguiendo las instrucciones de los espíritus,³ los Apóstoles llegaron á no preocuparse de la abstinencia de ciertas carnes, rompieron la barrera que separaba los judíos de los gentiles, y reemplazaron la circuncisión con el bautismo⁴

¹ Véase II á los *Corintios*, XII, 7; *Efes.*, VI, 12.

² Entonces se llamaba profetas á los *mediums*.

³ En la versión griega de los *Hechos* y de los *Evangelios*, la palabra *Esíritu* está muchas veces aislada. San Jerónimo le añade la de *Santo*, y los traductores franceses de la *Vulgata* son los que han dicho *Esíritu-Santo*; (Véase á Bellemare, *Espirita y Cristiano*, ps. 270 y siguientes.)

⁴ *Hechos de los Apóstoles*, XI, 8, 9, 27 y 28; XVI, 6, 7, 18; XXI, 4; *Epis. á los Rom.*, XIV, 14; I *Corint.*, XII y XIV.—Véase también en la nota número 64 las apreciaciones del Reverendo C. Ware sobre los *Hechos*.

Las comunicaciones de los cristianos con los espíritus de los muertos eran cosa tan común en los primeros siglos, que circulaban entre ellos instrucciones precisas sobre este punto.

Hermas, discípulo de los Apóstoles, el mismo á quien San Pablo mandó saludar de su parte en su *Epístola á los Romanos* (XVI, 14), indica en su *Libro del Pastor*¹ los medios de distinguir los buenos y los malos espíritus.

En las siguientes líneas, escritas hace diez y ocho siglos, se creería leer la fiel descripción de las sesiones de evocación, tales como se practican en muchos lugares en nuestros días.

«El espíritu que viene de parte de Dios es tranquilo y humilde; se aleja de toda malicia y de todo deseo vano de este mundo, y se eleva sobre el nivel común de los hombres. No contesta á todos los que le preguntan, ni á personas determinadas. Así pues, cuando un hombre es apto para recibir á un espíritu que viene de Dios, y concurre á una reunión de creyentes, y cuando se han hecho las debidas preces, el espíritu inspira ó se posesiona de ese hombre, el que habla en la asamblea como Dios quiere. (Es el *medium parlante*.)

«Por el contrario, se conoce el espíritu terrestre, vano, sin sabiduría y sin fuerza, en el asunto que trata, en su pretensión de aparecer elevado y tomar el primer lugar. Es impotente, parlanchín, y no profetiza sin recompensa. Un profeta de Dios no obra así.»

La revelación de los espíritus continuó mucho tiempo después del periodo apostólico. Durante los siglos II y III los cristianos recurrían directamente á las almas de los muertos para resolver puntos de doctrina.

San Gregorio el Taumaturgo, obispo de Nueva Cesárea, de-

¹ Este *Libro del Pastor* era leído en las iglesias, aún en el siglo V, como son leídos actualmente los Evangelios y las Epístolas. San Clemente de Alejandría y Orígenes hablan de este particular. Se menciona en el catálogo más antiguo de los libros canónicos aceptados por la Iglesia Romana y publicados por Caius hacia el año 220.

clara «haber recibido de Juan el Evangelista, en una visión, el símbolo de la fe, predicado por él á su Iglesia.»¹

Orígenes, ese sabio que San Jerónimo consideraba como el gran Maestro de la Iglesia después de los apóstoles, habla á menudo, en sus obras, de las manifestaciones de los muertos.

En su controversia con Celso dice:

«Yo no dudo que Celso se burle de mi; pero las burlas no me impedirán decir que muchas personas han abrazado el cristianismo como á su pesar, habiendo sido de tal modo cambiado su corazón por algún espíritu, sea por una aparición, sea en un sueño, que en lugar de la aversión que tenían á nuestra fe, la han amado hasta morir por ella. Tomo á Dios por testigo de lo que expreso; bien sabe que no quiero hacer recomendable la doctrina de Jesucristo por historias fabulosas, sino por la verdad de hechos incontestables.»²

El célebre obispo de Hipona, San Agustín, habla de esto mismo en sentido afirmativo.

En sus cartas menciona las «apariciones de los difuntos que van y vienen para visitar su morada terrestre, haciendo predicciones que los acontecimientos confirman.»³

En su tratado *De cura pro mortuis*, habla en estos términos de las manifestaciones de los muertos:

«Los espíritus de los muertos pueden ser enviados á los vivos; pueden manifestarles el porvenir que ellos mismos han conocido, ya por otros espíritus, ya por los ángeles, ó bien por revelación divina.»⁴

En su *Ciudad de Dios*, con relación al cuerpo lúcido, etéreo, aromal, que es el periespíritu de los espíritas, habla de las ope-

¹ *Compendio de la Historia eclesiástica*, por el abate Racine. San Gregorio de Niza, en su *Vida de San Gregorio el taumaturgo*, narra esta visión. Véase las *Obras de San Gregorio de Niza*, edición de 1638, t. III, ps. 545 y 546.

² Orígenes, edición benedictina de 1733, t. I, págs. 361 y 362.

³ *Carta á Evodio*, Ep. CLIX, edición de los Benedictinos, t. II, col. 562, y *De cura pro mortuis*, t. VI, col. 523.

⁴ *De cura pro mortuis*, edición benedictina, t. VI, col. 527.

raciones teúrgicas que lo hacen propio para comunicar con los espíritus y los ángeles y para percibir visiones.

San Clemente de Alejandría; San Gregorio de Nisa, en su *Discurso catequista*; el mismo San Jerónimo en su famosa controversia con Vigilancio el Galo, se pronuncian en el mismo sentido.

«Santo Tomás de Aquino, el ángel de la escuela — nos dice el abad Poussin, profesor en el Seminario de Nicea, en su obra *El Espiritismo ante la Iglesia* (1866), — «comunicaba con los habitantes del otro mundo, con los muertos, que le enseñaban el estado de las almas por las cuales se interesaba; con santos que le confortaban y le abrían los tesoros de la ciencia divina.»¹

La Iglesia creyó conveniente, por voz de los Concilios, condenar las prácticas espiritistas cuando, de democrática y popular que era en su origen, se convirtió en despótica y autoritaria. Quiso poseer sola el privilegio de las comunicaciones ocultas y el derecho de interpretarlas. Los laicos, convencidos de las relaciones con los muertos, fueron perseguidos y quemados como hechiceros.

Pero ese monopolio de las relaciones con el mundo invisible, no lo ha podido conseguir la Iglesia, á pesar de sus procesos, de sus sentencias condenatorias y de sus ejecuciones en masa. Al contrario, á partir de ese momento, las manifestaciones más admirables se producen fuera de ella. La fuente de las altas inspiraciones, cerrada para los clérigos, permanece abierta para los heréticos. La historia lo atestigua. La voz de Juana de Arco, los genios familiares del Tasso y de Jerónimo Cardan, los fenómenos macabros de la edad media producidos por los espíritus de orden inferior, los convulsionarios de San Medardo; después los pequeños profetas inspirados de las Cevennes, Swedenborg y su escuela; y además, otros mil hechos

¹ En la *Suma* se lee (I. q. 89, 8, 2 m): «El espíritu (*anima separata*) puede aparecer á los vivos.»

forman una cadena no interrumpida que, desde las manifestaciones de la más alta antigüedad, nos conduce al espiritismo moderno.

Sin embargo, en una época reciente y en el seno de la misma Iglesia, algunos pensadores escrutaban todavía el problema de lo invisible. Con el título *Del Discernimiento de los Espíritus*, el Cardenal Bona, ese Fenelón de la Italia, consagraba una obra al estudio de las diferentes categorías de espíritus que pueden manifestarse á los hombres.

«Hay motivo para admirarse — dice — de que existan hombres de buen sentido que hayan osado negar rotundamente las apariciones y las comunicaciones de las almas con los vivos, ó atribuir las á extravíos de imaginación, ó bien á arte de los demonios.»

El Cardenal no preveía el anatema de los sacerdotes católicos contra el espiritismo.¹

Es necesario, pues, reconocerlo: los dignatarios de la Iglesia, que de lo alto de la cátedra han fulminado contra los prácticos espiritistas, están completamente descarrilados. No han comprendido que las manifestaciones de las almas son una de las bases del cristianismo; que el movimiento espiritista, después de veinte siglos transcurridos, es la reproducción del movimiento cristiano, tal como fué en su origen. No han sabido recordar á tiempo que negar la comunicación con los muertos ó bien atribuir la á la intervención de los demonios, es ponerse en contradicción con los Padres de la Iglesia y con los mismos apóstoles. Ya los sacerdotes de Jerusalem acusaban á Jesús de obrar bajo la influencia de Belzebú. La teoría del demonio no es ya de estos tiempos.

En realidad, el espiritismo vuelve á encontrarse en todas partes, no como una superstición, sino como una ley fundamental de la naturaleza.

¹ Véase la nota complementaria número 6 al fin de este volumen.

Las relaciones entre los hombres y los espíritus han existido siempre. Por este medio se ha difundido en el mundo una revelación continua. Cruza á través del tiempo una corriente de poder espiritual cuya fuente es el mundo invisible. Algunas veces esa corriente se oculta en la sombra; se desarrolla en el sentido profundo de la historia; se oculta bajo las bóvedas de los templos de la India y del Egipto, en los misteriosos santuarios de la Galia y de la Grecia; no es conocida más que de los sabios, de los iniciados. Mas otras veces también, en las épocas elegidas por Dios, sale de los lugares ocultos y reaparece á plena luz, á la vista de todos: trae á la humanidad esos tesoros, esas riquezas olvidadas que van á embellecerla, á enriquecerla, á regenerarla.

Así es como las verdades superiores se revelan á través de los siglos para facilitar y estimular la evolución de los séres. Esas verdades se nos manifiestan con la ayuda de mediums poderosos, por la intervención de Espíritus avanzados que han vivido en la tierra, y que han sufrido en ella por el Bien y por la Justicia. Esos Espíritus selectos han vuelto á la vida del espacio, mas no han cesado de velar sobre la humanidad y de comunicarse con ella.

En ciertas épocas de la historia, un aliento de lo alto pasa sobre el mundo; disípanse las brumas que envuelven al pensamiento humano; las supersticiones, las dudas, las quimeras, se desvanecen; revélanse las grandes leyes del destino; la verdad aparece.

¡Felices quienes la reconocen y saben acogerla!



VI

ALTERACIÓN DEL CRISTIANISMO.—LOS DOGMAS.

Como un río revuelve con sus olas las pepitas de oro, la Iglesia mezcla, en su enseñanza, la pura moral evangélica con la oleada de sus propias concepciones.

Hemos dicho que, después de la muerte del Maestro, los primeros cristianos poseían aún, en su comunicación con el mundo invisible, un fecundo venero de inspiraciones, y las ponían de manifiesto. Mas las instrucciones de los espíritus no estaban siempre en armonía con las miras del sacerdocio naciente, el que, si encontraba un auxilio en tales relaciones, hallaba también en ellas, muy á menudo, severa censura para sus actos, y aun expresa condenación de los mismos.

En la obra del Padre Longueval¹ puede verse cómo á medida que se elabora en los primeros siglos la obra dogmática de la Iglesia, los espíritus se separan poco á poco de los cristianos ortodoxos para inspirar á aquellos á quienes se designaba entonces con el nombre de heresiarcas.

Montan, dice también el abate Fleury,² tenía dos profetisas, dos damas nobles y ricas, llamadas Priscila y Maximila. Cetrinta obtenía igualmente revelaciones.³ Apolonio de Tiana se contaba entre esos hombres favorecidos del cielo, que han sido asistidos por un «espíritu sobrenatural.»⁴ Casi todos los maestros de la escuela de Alejandria eran inspirados por genios superiores.

¹ Historia de la Iglesia Galicana. t. I, p. 84.

² Hist. ecl., lib. IV, 6.

³ Ibid., lib. II, 3.

⁴ Hist. ecl., lib. I, 9.